

# LA UNIÓN CATÓLICA.

PERIODICO INDEPENDIENTE.

Editor Responsable, LA SOCIEDAD DE «LA UNIÓN CATÓLICA.»

Redactor, JOSÉ M.<sup>a</sup> SANCHEZ G.

SALE Á LUZ  
DOS VECES POR SEMANA.

San José, 9 de Octubre de 1890.

Número suelto. . . \$ 0-10  
Un trimestre. . . » 2-00

## ADMINISTRACIÓN

Calle de la Universidad, N.º 24, Oeste.

La Religión Católica Apostólica Romana, es la del Estado, el cual contribuye á su mantenimiento, sin impedir el libre ejercicio en la República, de ningún otro culto que no se oponga á la moral universal ni á las buenas costumbres.

(Artículo 51 de la Constitución Política.)

La enseñanza primaria de ambos sexos es obligatoria, gratuita y costeada por la Nación. La dirección inmediata de ella corresponde á las Municipalidades, y al Poder Ejecutivo la suprema inspección.

(Artículo 52 *ibidem*.)

Todo costarricense ó extranjero es libre para dar ó recibir la instrucción que á bien tenga, en los establecimientos que no sean costeados con fondos públicos.

(Artículo 55 *ibidem*.)

Todos los habitantes de la República tienen el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas, ya sea con el objeto de ocuparse de negocios privados, ó ya con el de discutir asuntos políticos y examinar la conducta pública de los funcionarios.

(Artículo 55 *ibidem*.)

Todos pueden comunicar sus pensamientos de palabra ó por escrito, y publicarlos por medio de la imprenta, sin previa censura, quedando responsables por los abusos que cometan en el ejercicio de este derecho, en los casos y del modo que la ley establezca.

(Artículo 57 *ibidem*.)

Ninguna autoridad puede arrogarse facultades que la ley no le concede.

(Artículo 46 *ibidem*.)

Los funcionarios públicos no son dueños sino depositarios de la autoridad. Están sujetos á las leyes y jamás pueden considerarse superiores á ellas.

(Artículo 19 *ibidem*.)

He jurado cumplir y hacer cumplir la Constitución y las leyes de la República: solemne promesa, síntesis la más completa que puedo presentar de mi programa de Gobierno.

JOSÉ J. RODRÍGUEZ.

(Discurso inaugural de 8 de Mayo de 1890.)

## CALENDARIO CRISTIANO.

Juev. 9. San Dionisio areopagita, ob. y compañeros mártires.

Vier. 10. San Francisco de Borja, conf. y san Paulino, obispo.

Sab. 11. San Luis Beltrán, san Fermín y san Nicasio, ob. y santa Plácida, vg.

## SECCION EDITORIAL.

### ENSEÑANZA.

(ADOPTADO.)

#### EL NIÑO EN LA FAMILIA.

Partiendo del principio de que sea la educación mixta la que adopte la familia, ya porque sea la más conveniente, según lo

que antes se ha expuesto, ya también por ser la práctica más seguida; no pueden perderse de vista, si se desean satisfactorios resultados, las relaciones que deben existir entre la casa y la escuela, entre los padres y los maestros, entre el hijo y el discípulo. Sólo estableciendo estas relaciones armónicamente combinadas se sacarán grandes ventajas de la educación pública y de la privada, evitándose los inconvenientes que ambas ofrecen en su aislamiento.

Si examinamos las verdaderas causas por las cuales es menos eficaz que en otros tiempos la educación doméstica, las encontraremos sin grande esfuerzo, en haberse debilitado la autoridad paterna y contaminado algún tanto la pura atmósfera que se respiraba en la familia.

Desde que el protestantismo, reproduciendo las tristes escenas del Paraíso, se rebeló contra la autoridad, dió al mundo moral tan fuerte sacudida que hizo tambalear una de las más robustas columnas en que descansa el orden social—la obediencia; dejando conmovida la familia. Para restablecer, pues, el aplomo que debe mantener firme á la sociedad y á la familia; en medio de los más rudos combates del error y del vicio, es de todo punto imprescindible la restauración de la autoridad con toda su fuerza, emanada del único origen de que puede proceder: de Dios. Sólo así es como el hombre no se denigra obedeciendo á otro hombre, sino que se engrandece. Sólo en esta autoridad el poder es la razón; en toda otra, el poder es la fuerza, la tiranía.

Sea inquebrantable en la familia la ley de la obediencia como ley de Dios, ley de la naturaleza, ley de orden, ley de felicidad. El niño que desde sus primeros años doble su cerviz á ese suave yugo, continuará obedeciendo sin repugnancia y sin bajeza, y aprenderán á mandar con dignidad y con suavidad.

Inúndese la casa de los padres cristianos del saludable y fragante aroma de la virtud, de modo que acostumbrando al niño á respirarlo, sienta fatiga y repugnancia cuando penetre en una atmósfera menos limpia.

Cuidese de que los domésticos sean no solamente puros en sus conversaciones, sino también muy prudentes; y enséñeseles, ya que á ellos les faltará sin duda la instrucción necesaria, lo que deben hacer para distraer á los niños cuando dentro ó fuera de la casa venga á herir sus sentidos algún objeto inmoral; y guárdese sobre todo á los niños de la maléfica influencia de esos monstruosos productos de corrompidos autores y de codiciosos editores que, con sus perversos escritos, se esfuerzan en

infestar nuestras casas con la impiedad y el vicio.

Malo es que no pueda excluirse de nuestras conversaciones con los niños hasta el nombre del vicio, para que la virtud se les presentara como muy natural y el vicio como una verdadera aberración de nuestra naturaleza; «pero como no es posible, dice Fenelón, que ellos dejen de percibir, á pesar de las precauciones, muchas cosas irregulares, es menester hacerles ver con anticipación los extravíos de ciertas gentes viciosas, cuyo ejemplo no deben imitar. Es necesario mostrarles cuán despreciable y desgraciada es aquella persona que se abandona á sus pasiones y que no cultiva su razón; y de este modo se les puede formar el gusto y la inclinación á la verdadera civilidad.»

Hágase que el sentimiento religioso se vaya infiltrando en el alma del niño, y aprovechense con la mayor naturalidad las ocasiones que tan frecuentemente se presentan para este noble fin; el sol, la naturaleza toda, los alimentos y los vestidos, darán á cada paso excelentes medios para lograrlo.

Cuando el niño asista á la escuela no crean los padres que hayan llenado ya con esto su deber de educar al hijo. Hecha la elección de maestro, depositada en él toda su confianza, circunstancia esencialísima y sin la cual se haría casi nula la autoridad del educador, establézcase entre éste y los padres una relación tan íntima, únense sus esfuerzos de tal manera, que no sólo no discrepen las tendencias de la casa y de la escuela, sino que se auxilien mutuamente convergiendo todas á un mismo punto. Así se centuplican todos los esfuerzos, así se aprovechan todos los elementos, así se asegura el fin á que se dirigen.

En la escuela se ha hablado, por ejemplo, un día de la mentira; el niño refiere á los padres lo que el maestro les ha dicho, toca entonces á los padres corroborar la doctrina vertida por el maestro. Que así los aplausos, como las reconvenciones que el niño haya merecido en la escuela, encuentren siempre eco en el hogar doméstico. Que tengan reciproca comunicación y trascendencia las doctrinas y los actos de la familia y de la escuela. Que vea constantemente el niño en los padres y en los maestros dos poderes que se respetan, identifican y confunden en uno, por el poder de Dios.

Tengan, por último, presente los padres estas dos sentencias: «La enseñanza moral es, más que todo, efecto de influencia, y la de la familia es omnipotente.» «El que presencia ejemplos no necesita reglas.»

—o—



### La salud del pueblo.

Jesucristo es la salud del pueblo, la virtud de su palabra es la única medicina capaz de ablandar el corazón de los ricos, remediar las necesidades de los pobres y devolver al mundo esa santa paz sin la cual ninguna nación puede vivir aunque le caiga el oro por la chimenea, y le llueva la *ilustración* á chaparrones.

Abramos la historia y demostremos esta gran verdad.

Cuando Jesucristo vino al mundo, el pobre era un sér despreciable, explotado por la ambición de los poderosos: era un esclavo.

En los últimos tiempos de la república romana el pueblo llegó á estar completamente perdido; las fortunas eran tan desiguales que apenas en toda Roma había dos mil propietarios; pero éstos eran tan ricos que poseían medio mundo; y tan avaros y corrompidos que todo lo devastaban.

Para sostener su lujo arruinaban pueblos enteros.

Salustio decía:

«El procónsul sale pobre para la rica provincia, y vuelve rico dejando pobre á la provincia.»

El honrado Cicerón en un solo año se trajo de Sicilia cerca de cuatro millones de reales, y era de los más honrados.

Al caer la república eran tantos los miserables que había en Roma, que de un millón doscientos mil habitantes libres, la mitad vivían de limosna y de los donativos del Estado, y la mitad de la otra mitad vivía enteramente á cargo de la nación.

En cambio, el lujo de los próceres llegaba hasta la locura. No sabiendo en qué gastar el dinero para satisfacer la vanidad, construían estanques de peces en los terrados de las casas, y plantaban jardines en lo alto de las torres.

Por un capricho mandó Calígula descajar una montaña entera.

Este mismo emperador, que era tan avaro como caprichoso, se divertía, entre otras cosas, en revolcarse en cueros sobre montones de oro.

En cuanto á las glotonerías de aquella gente no hay que hablar. Para comer los pescados de mar completamente frescos hacían que se los presentasen vivos en la mesa, y se recreaban en observar cómo el pez moribundo iba cambiando de color á medida que perdía la vida. Otras veces disolvían perlas de gran valor en las copas de vino para consumir de un solo trago la fortuna de cien familias.

Estas y otras iniquidades dieron lugar á guerras crueles: las llamadas guerras sociales. En esas guerras salvajes, los pobres degollaban á los ricos cuando podían; y los ricos degollaban después á los pobres para pagarles en la misma moneda.

Cuando Mario, jefe de los socialistas, entró en Roma al frente de sus hordas, la carnicería duró cinco días dentro de la ciudad; en cambio Sila, general de los ricos, degolló después de un sólo tirón ciento diez mil perdularios.

¡Qué cuadro!

Allí estaba representada la civilización pagana (la civilización *liberal*, que diríamos ahora); aquellos eran sus frutos.

¿Y cómo podían ser otros? Entonces nadie pensaba en la doctrina de la Cruz; no se conocía la idea del sacrificio; la abnegación era una necedad, la pobreza una calamidad. En aquella sociedad nadie se proponía otro fin que el de hacerse rico y gozar; porque nadie creía que hubiese más

vida que la presente. ¿Qué extraño es que estas ideas apagasen poco á poco las de justicia y de caridad, despertasen el egoísmo y el pueblo sufriese las consecuencias?

Tal vez digan que entre aquellas gentes había grandes sabios, grandes filósofos, grandes poetas, grandes oradores . . .

Es cierto; pero eso mismo demuestra lo que aprovecha la filosofía, la sabiduría, la poesía y la charlatanería cuando no hay fe, para el efecto práctico de dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento y vestir al desnudo.

Aquellas gentes, con toda su filosofía en último resultado venían todos á parar á la misma máxima: «*Comamos y bebamos, que mañana moriremos;*» con lo cual ya podrá calcularse lo que sería su caridad.

Platón (el llamado *divino Platón* por sus sublimes ideas), opinaba que las autoridades debían expulsar de la nación á los pobres «para limpiar el suelo patrio de esta clase de bestias.» (Leyes cap. IX.)

El mismo Platón en su *República Modelo* proponía que á los pobres, eufemos, tullidos, sarnosos, etc. se les dejara abandonados en el templo de Esculapio para que muriesen de hambre.

«Si un pobre cae enfermo, dice, es preciso dejarle morir; de todos modos el médico no debe tomarse la menor molestia para curarle.» (De Republ., III.)

Plutarco decía: «Hace una mala obra con el mendigo el que le dá de comer ó de beber; porque además de perder lo que da, su limosna contribuye á prolongar las angustias de tan misera vida.» (Turin act. II sec. 2.)

Cicerón decía que es una tontería indigna del hombre dejarse llevar del afecto de la compasión. (Pro. Muren CXXIX y XXX.), y que por eso convenían las luchas del Circo para endurecer el corazón.

Virgilio en sus *Georgias* enumera entre otras de las ventajas de la vida campestre, verse libre de la incómoda presencia de los pobres. (Georg. II 499.)

Aristóteles en su *Política* (II, 1; VI, 2; I, 3;) emitía estas ideas respecto á los trabajadores:

«Los trabajadores no merecen el nombre de ciudadanos;» «échase de menos en ellos todo concepto noble;» «no existe diferencia alguna entre los esclavos y esa clase de hombres que la naturaleza ha creado para que con su cuerpo trabajen para nosotros.»

Estas eran las ideas que profesaban aquellos *grandes republicos*, aquellos *grandes sabios*, aquellos *grandes hombres*; ¿qué tal andarían los pequeños?

No es extraño que el pobre llegase á ser tan despreciado que hubiese un Lucio Murena que mantuviera sus anguilas con carne de esclavos arrojados vivos á los estanques.

Pero vino Jesucristo, y de tal modo cambió la suerte del pobre, que llegó á ser respetado como la misma imagen de Dios. Sus máximas sobre la riqueza y la pobreza trasformaron las ideas de los hombres; al cambio de ideas sucedió el cambio de costumbres; al cambio de costumbres el de las leyes, y la sociedad se trasformó por completo.

Y es que las palabras del Divino Redentor acerca de la riqueza y la pobreza eran sublimes y decisivas.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.»

«Bienaventurados los que lloran por que ellos serán consolados.»

«Venid á mí todos los que estáis cansados que yo os aliviaré.»

«Al modo que mi Padre me amó así os he amado. Perseverad es mi amor. Amaos unos á otros.»

«Lo que hicieseis con el más humilde de mis hermanos lo hacéis conmigo.»

«Dad y se os dará»

«El que diese de beber á uno de esos pequeñuelos un vaso de agua fría . . . en verdad os digo que no lo perderá.»

«No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra donde orín y polilla los consumen, y en donde los ladrones los desentierran y roban.»

«Ateorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume orín ni polilla, y en donde los ladrones no los desentierran ni roban.»

«¡Ay de vosotros los ricos porque tenéis vuestro consuelo!»

«¡Ay de vosotros los que estáis hartos porque tendréis hambre!»

«¡Ay de vosotros los que ahora reís porque gemiréis y lloraréis!»

«¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!»

«Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar el rico en el reino de Dios.»

Estas verdades dichas por quien resucitaba los muertos de tres días, y calmaba las tempestades con solo su palabra, calmó de tal modo las ambiciones humanas, que desde aquel día los pobres empezaron á respirar.

Entonces se presentó en la historia un fenómeno nunca visto: la pobreza voluntaria.

Los paganos, al ver á los cristianos socorrerse unos á otros y desprenderse de cuanto tenían para darlo á los pobres, estaban pasmados.

«¡Mirad cómo se aman!» decían. Y en efecto, el amor y la fraternidad llegó á tal grado que entre los primeros cristianos vino á ponerse en práctica el *comunismo* de un modo natural y espontáneo.

En las actas de los apóstoles se leen estas palabras:

«Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma, ni había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino tenían todas las cosas en común.» (CIV, 32; véase V, 4)

Es decir, que voluntariamente se puso en práctica ese *comunismo socialista* con que hoy sueñan el *compañero* Iglesias y demás partidarios de la nivelación social.

Y no sólo esto, sino que más tarde, habiéndose entibiado la fe, y habiendo desaparecido aquel comunismo de intereses que sólo podía sostenerse por la caridad, aun quisieron los más fervorosos llevarlo á la práctica, y reuniéndose en colectividades, fundaron las órdenes religiosas para seguir el consejo del Divino Maestro:

«Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dálo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.»

Ahora pues, en vista de todo esto que nos ha enseñado la historia, ustedes crearán que los que hoy se llaman amigos del pueblo serán los más grandes amigos de Jesucristo y de su Iglesia, defensores acérrimos de las órdenes religiosas; etc. etc.

Pues nada de eso. Esos precisamente son los que hoy levantan su mano contra el Catolicismo para derribarlo, y si fuese posible, alzar sobre él otra vez aquel antiguo paganismo *liberal* que mantenía las anguilas de los ricos con la carne de los pobres.

¿Vas entendiendo, pueblo?

A. C. y G.

(Lectura Popular de Orihuea.)



## Actualidades.

## GRAN PRELADO Y GRAN PATRIOTA.

El Ilustrísimo Mariano Casanova, Arzobispo de Santiago de Chile, acaba de prestar un gran servicio á su madre patria, desempeñando el oficio de árbitro ó mediano en una controversia que hubiera podido tener tristísimos resultados.

Ahí va un telegrama de Valparaíso, con fecha 26 de Agosto, que traducimos al pie de la letra.

«Un gran banquete fué ofrecido aquí el día de ayer al Arzobispo Casanova por todos los partidos de Valparaíso, en acción de gracias al Prelado por haber arreglado felizmente las diferencias políticas que mediaban entre el Presidente y el Congreso. Con esta ocasión pronunciáronse muchos discursos, todos á cual más elogiosos por el tino y celo desplegados por Su Ilustrísima. Entre los que hicieron uso de la palabra, cuéntanse los señores: Benjamín Edwards, Rodolfo Vergara, Ramón Gutiérrez, V. M. Manero, el Almirante Uribe, Manuel Barros, D. Urzua, M. Escala, E. Solar y Aversa, y Rafael Egaña. Se leyeron cartas de varios ciudadanos prominentes que no pudieron tomar parte en el banquete. El obsequio y la ovación revistieron un carácter sumamente popular. El éxito de las negociaciones habla muy en favor de los partidos políticos, que se sometieron al arbitraje del Sr. Arzobispo Casanova, para componer unas diferencias que hubieran podido arrojar al país en brazos de la anarquía y la guerra civil.»

Hasta aquí el telegrama, el cual es un elocuentísimo testimonio de lo bien que se hermanan el amor á la Iglesia y el amor á la patria, y de lo mucho que puede ganar la política de la tierra, tomando el aviso y consejo de los que ante todo y sobre todo se dejan guiar é inspirar por la política del cielo.

## APRENDAN LOS BONACHONES.

Grande ha sido la rabia de los liberales de París al ver el éxito brillante que ha tenido en los últimos exámenes el Colegio *Stanislas*, plantel, que, como todos saben, está bajo la dirección de los curas. No ha habido institución laica de la capital de donde hayan salido este año tantos alumnos para la Escuela Politécnica y la de San Cirio, como ese colegio regido y gobernado por los que se quiere llamar retrógrados ú *oscurantistas*. Los radicales están verdaderamente desesperados. Impulsados por el encono y el furor, votan á sanes que han de dar al traste con todas las escuelas católicas de la metrópoli; pues sólo así se quitará hasta la posibilidad de verse humillados y aplastados por esos ignorantes clericales, ellos que son la flor y nata de la inteligencia, de la ilustración, de la cultura.

Por lo que se refiere al éxito del Colegio *Stanislas*, ya que ellos mismos no saben explicárselo (!!!), no les disguste oír á uno de sus órganos que les dice sin ambages ni rodeos toda la verdad. Ahí van sus palabras, citadas por el *Catholic Review* de Brooklyn.

«La superioridad incontestable del colegio *Stanislas* sobre las demás instituciones regidas por el Estado, tiene su origen en el hecho de que sus alumnos nunca son dejados á sí mismos, sino que están constantemente bajo la vigilancia de los profesores (*los curas*), reciben de estos hombres continuos y saludables consejos, y se ocupan

á cada rato de varias maneras, pero siempre provechosas para los que estudian. No es un placer para nosotros, partidarios acérrimos de la laicización (*escuelas sin Dios*) el tener que confesar nuestra inferioridad: con todo, nos es forzoso decir que el elemento religioso es casi la única causa del éxito brillante alcanzado por el Colegio *Stanislas*».

Este significativo parrafito puede ser leído con provecho por algunos padres católicos, quienes pudiendo enviar sus hijos á excelentes escuelas, regidas por religiosos ó religiosas, prefieren despacharlos á planteles laicos.

(La Revista Católica de las Vegas.)

## Las Misiones Católicas en México.

Carta del R. P. Gallen, de las Misiones Africanas de Lyon, á los señores directores de la *Obra de la Propagación de la Fe*.

(Continuación.)

México contaba anteriormente un gran número de iglesias, capillas y conventos; pero después de la supresión de las Ordenes religiosas estos conventos y colegios han sido convertidos en cuarteles, museos, escuelas del Gobierno, etc.

Hoy todavía la ciudad está dominada por buen número de campanarios y de cúpulas, que así como las iglesias, se parecen todos, y pertenecen al estilo español del tiempo de los descendientes de Carlos Quinto, estilo más ó menos griego, de arco completo, timpanos, columnas, sobre carga de doraduras y de ornamentaciones parasitarias. Algunos retablos harían la dicha de un Español del siglo XVII. . . .

Pero si los detalles fatigan á veces la visita, hay que reconocer que todos estos cimborrios macizos y estas cuadradas torres dan un aspecto monumental al conjunto de la ciudad. La catedral es de un aspecto grandioso, vista desde la inmensa plaza que se extiende al frente de su fachada. *El Palacio*, que por sí sólo forma uno de los lados de esta plaza, no merece el título de monumento, como no sea por su extensión.

Los hoteles y casas particulares no ofrecen exteriormente nada de particular. No tienen generalmente más que un solo piso, debido á la poca solidez del subsuelo y por miedo de los temblores de tierra. El interior de estas casas, que son espaciosas, recuerda las habitaciones de los Arabes, con su gran patio, rodeado de galerías, decorado con arbustos y flores y sus azoteas á la oriental. Los techos europeos son aquí desconocidos. Además de la *Plaza del Palacio*, México se enorgullece de poseer su *Alameda*, paseo plantado de bellos árboles, y surcado de avenidas, donde la bella sociedad viene á solazarse el domingo escuchando las músicas militares instaladas en los kioscos.

Las calles más frecuentadas, las mejor arregladas, aquellas en que están los más hermosos almacenes y los grandes hoteles; son las que unen estas dos playas. Alejándose del centro de la ciudad, se encuentran los barrios donde habita la gente pobre: las casas no tienen más que un piso bajo, las calles sin empedrar, ó mal empedradas, y hay desagües ó baches de agua corrompida que despiden libremente miasmas infectos. Nada hay más semejante á los barrios excéntricos del Cairo ó de Alejandria.

Pero, si las iglesias y las capillas son numerosas en México, lo que llama más la atención del extranjero á su llegada es la cantidad de cantinas. Todos los cuadrados de este inmenso tablero poseen una cantina en cada ángulo, sin perjuicio de las que adornan los costados. Digo «adornan» porque estas cantinas están todas «ilustradas». El rótulo ó muestra es generalmente pomposo, algunas veces estrambótico, y las paredes interiores y exteriores están decoradas con grandes pinturas explicando el *texto*. Algunas de estas pinturas son más mitológicas que cristianas, lo cual es más excusable en una cantina que en un salón católico.

En cuanto á la bebida barata, que se vende en medio de todos estos personajes y paisajes más ó menos artísticos, es un licor blanco extraído de plantas del país, particularmente de la pita ó «maguey» y que se llama *pulque*. Esta bebida embriaga como la cidra; y en México, tanto

hombres como mujeres no se privan mucho de ella.

Al primer paso que se da en México, se distingue que sus habitantes se dividen en dos razas bien distintas: la raza conquistadora del tipo español bien conservada, y la raza indígena. Cuando se ha visitado algunas poblaciones de las costas del Mediterráneo, no puede uno menos de reconocer los parecidos entre las diferentes naciones que las habitan. Los Fenicios, los Griegos, los Judíos y los Arabes, tienen en toda la hoya del Mediterraneo, descendientes que llevan aún el sello de su origen. Quien quiera que haya visto en las calles de Beyrouth, de Damasco y del Cairo esos jóvenes asirios y griegos de facciones regulares, con ojos negros y brillantes, de fino bigote y postura elegante, encuentra muy á menudo en España, en Italia y aún en el sur de Francia, si no los hermanos, por lo menos los primos de esos hijos del Oriente. Se encuentran aquí en México fisonomías que cree uno haber visto en Siria ó en Egipto. Y el parecido no sólo se concreta al exterior. Es la misma actitud, tiesa, altanera, la misma postura pretenciosa, la misma manera de pararse, como actores en escena, el mismo gusto para la moda, la misma cortesía exagerada.

Al lado de los descendientes de los españoles se halla la raza mexicana. Mas, ante todo, ¡honor al espíritu católico de España, que se ha ocupado de convertir á los indios, en vez de destruirlos y de expulsarlos de su país, como han hecho los protestantes de la Nueva Inglaterra con los indios de la América del Norte. Sin duda que todo lo hecho en México eso fué perfecto, y que todos los actos de los conquistadores no fueron inspirados por el Evangelio; pero tampoco hay que olvidar todo el bien que hicieron.

Mientras no conozca yo mejor el país y sus habitantes, no puedo hablar de otra cosa sino de lo que llama á primera vista la atención, esto es, la traje.

Las modas europeas, las parisienses, más bien, están muy en boga en México. Lo mismo sucede con todos los usos de la gente «comme il faut»; sus bailes, veladas, teatros, etc. México tiene el honor de poseer en este momento á Mme. Patti que obtiene un éxito extraordinario. Parece que en cada representación el entusiasmo se torna en delirio. Cada noche gana Mme. Patti \$ 4.800, *cuatro mil seiscientos pesos*. Ah! si los católicos mexicanos nos dieran otro tanto para la Propagación de la Fe! Desgraciadamente, son menos sensibles á los acentos de mi voz que á los de Mme. Patti!

Hay aquí un traje nacional que recuerda con algunas variantes el de ciertas partes de España. El sombrero de fieltro ó de paja, con alas muy anchas y de forma cónica muy elevada, es enteramente mexicano. Algunos de estos sombreros ricamente bordados de oro ó de plata, con pedrerías, borlas; etc., valen algunos cientos de pesos. Con este sombrero se lleva chaqueta corta, redonda, estrecha, pantalón ajustado, anchándose sobre el zapato y abotonado, desde el bolsillo hasta el pie, con botones de metal más ó menos ricos, formando dos líneas brillantes. Este traje hace muy buen efecto á caballo. Este es el vestido de camino y también el de la clase media. La clase baja viste muy pobremente: una camisa de algodón blanco, un calzón de lo mismo, y del mismo color, un sombrero de paja ordinaria, he aquí como viste el obrero. Todos tienen también una frazada, casi siempre colorada, con un agujero en medio, con la que se cubren las espaldas. Esto llaman aquí el *poncho*; pero el verdadero *poncho* del país, el de los indios, es una especie de casulla, de gruesa tela de lana y de vistosos colores. La tela y los dibujos, si no la forma, recuerdan la capa árabe *daba*, de la cual se fabrican tan bellos ejemplares en Damasco.

Las mujeres del pueblo visten de la misma manera que en España y que en Francia, pero ¡ay! cuánto harapo, cuántas enaguas hechas trizas, descoloridas, se ven en los barrios pobres. Todas llevan también pañolón de lana ó rebozo de algodón, que les sirve á la vez de manto y mantilla. Se diría que han aprendido á cobijarse en la misma *escuela* que las mujeres *fellahs* de Egipto.

A veces se encuentran en las calles indias del campo que vienen al mercado. Su vestido consiste en dos pedazos de tela de lana, la una que cubre la cintura y las piernas, y la otra, especie de *poncho*, que cubre el busto. Este *poncho*, así como el de los hombres, tiene un hueco en el medio, por donde se mete la cabeza, y las extremidades están sujetas por la cintura, dejando los brazos libres. Estas mujeres vienen á traer á los mercados canastos de legumbres, huevos, aves, carbón de madera, etc., y á menudo entre los pavos y las gallinas, aparece la negra cabeza de un



chiquitín metido entre las aves. Estos indios de los campos cercanos a México son de poca talla, sobre todo las mujeres, y su color es moreno ó amarillento; su fisonomía sombría y triste, produce lástima. Acostumbran correr a pasitos cortos, y su modo de llevar la carga recuerda la de los egipcios. Para esto colocan el fardo en la espalda, y una cuerda que pasa por la parte inferior del fardo da vuelta por la frente. De este modo los brazos quedan libres y el hombre puede andar al trotico ordinario. Los aguadores sostienen así sus cántaros.

Todo este pueblo parece bueno y manifiesta una gran piedad en las iglesias. Generalmente están de rodillas toda la misa y en el momento de la consagración suenan en toda la iglesia fuertes golpes de pecho. Casi todos los hombres saludan al pasar por delante de las iglesias, aunque vayan en tranvía. Cuando ven pasar en coche a un sacerdote llevando el santo veático a un enfermo, todo el mundo se arrodilla hasta que pase el coche. Este pueblo tiene un gran fondo de Fe, mucho mejor conservado que en España misma. Desgraciadamente el clero, muy escaso desde la supresión de las Ordenes Religiosas, es insuficiente para atender a la multitud de ocupaciones que tiene, y creo que si hay mal en el pueblo procede de la ignorancia. Ya os he hablado del «pulque»; el abuso de esta bebida da frecuentemente lugar a tristes escenas en las calles.

Otra pasión, común, creo yo, entre ambas razas de la sociedad, es la pasión por las corridas de toros. Esta horrible *moda* española está aquí muy en boga, y cada domingo hay dos ó tres corridas en las diversas plazas de toros. Se han visto hasta seis en un solo día. Creo que el actual Gobierno tiene la laudable intención de suprimir estos juegos de matadero, donde no se tiene más placer que ver correr la sangre del toro y destripar pobres caballos, mientras que los hombres exponen su vida delante de los cuernos de una bestia furiosa para recibir los aplausos de un pueblo vuelto casi loco. Si un toro, más sensato que su verdugo, rehúsa echarse sobre las picas y la espada, se le silba como a un simple tenor atacado del dengue, le gritan ¡cobarde! y hasta hacen responsable al empresario de la plaza, como acaba de suceder en México, de la cobardía de la res, y bien pronto vuelan los bancos en pedazos de todas partes sobre la cabeza de los desgraciados toreros y picadores . . . . .

## REMITIDOS.

El 6 de Octubre de 1889.

Esta fecha me recuerda que se cumple un año que en este pueblo se presentó una escena trágica, de esas que afligen el corazón, y que consternan la sociedad; empeñados entonces en la lucha electoral, los ánimos se exaltaban, y las pasiones crecían impulsadas sin duda, por la acalorada y reñida lucha.

Según la causa es el efecto; sucedieron los acontecimientos del seis, y para colmo de la desgracia, la noche de «San Bruno.»

Este pueblo no olvidará jamás este día, en que tuvo su desborde, y cometió algunos desmanes, pero ¿por qué? sin duda por haber presenciado una escena escandalosa, el haberse cometido un crimen por la homicida mano liberal de alguien que infiltrado de veneno tenía el corazón, y por causa de la pasión política: ¿quien fué la víctima? un modesto y honrado artesano, Rufino Mora (Q. E. P. D.)

Este ciudadano bajó a la tumba tan inocente como Abel, y sin ver si sus esfuerzos por la idea que sustentó y con justicia, se coronarían. Fué magnífico adalid en el campo de la lucha por el triunfo de la Religión Católica, porque esta fué el arma de combate de los que entonces se disputaban el triunfo de las elecciones.

No hay duda que de este hecho resulta un baldón para el liberalismo, que no se ocultará ante las conciencias honradas.

Esta corta reseña de lo acontecido el seis

lo hago en honor de la verdad y por que hoy no existe pasión de ningún género, lamentando si la víctima que yace sepultada bajo la fría loza del cementerio, y la desgracia que hoy aflige a una inconsolable viuda y ocho pequeños huérfanos que llorarán eternamente la terrible desgracia, la irreparable pérdida de quien les dió el ser.

San Ramón, Octubre 6 de 1890.

T. CARVAJAL.

## GACETILLAS.

**Recepción Diplomática.** «Ayer a la 1 p. m. se verificó solemnemente, en la residencia oficial del señor Presidente de la República, la recepción del Excelentísimo señor Doctor don Manuel I. Morales, en su carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Salvador.

Este acto es tanto más simpático para el pueblo y Gobierno costarricenses cuanto que él viene a fortificar más y más los estrechos vínculos y cordiales relaciones de fraternidad que siempre han existido entre Costa Rica y el Salvador; vínculos y relaciones jamás interrumpidos en el sentimiento nacional de los respectivos pueblos entre sí.

El campo está, pues, preparado para más fecundas labores. Que ellos tengan siempre como ideal el engrandecimiento de estos países mediante la mancomunación de sus legítimos intereses y las prácticas de la justicia y del derecho.»  
(Gaceta Oficial de ayer.)

**Condolencia.** Hemos tenido la pena de saber que ha muerto en Puntarenas nuestro buen amigo el señor don Salomón Mora (q. d. D. g.) Enviamos a su estimable familia nuestro sincero pésame.

**Ha cogido el rábano por las hojas** el Sr. colaborador traductor de «El Obrero», al decir que nuestro suelto del número 34 respecto a su traducción del «N. Y. Herald» es como una queja en defensa de su trabajo, pues nuestro artículo no envuelve de ninguna manera una queja, sino más bien una denuncia ante la Sociedad de Artes y Oficios, de cuyo nombre creemos que ha abusado el señor traductor, puesto que el periódico se publica bajo la responsabilidad solidaria de ella (así lo dice el mismo periódico), y estamos entendidos de que de sus ideas no participa una gran parte de los miembros de la Sociedad. Además, es peregrino eso de que uno pueda *quejarse en defensa* de algo. Bien lejos de defender la traducción, nosotros la hemos censurado como nos pareció merecerlo.

No sabemos dónde haya podido ver el señor traductor que nosotros hayamos *porfiado*, pero ni siquiera insinuado que la Constitución y el Código civil son obras maestras. No hemos tenido jamás esa intención, pues conocemos bien los defectos de que adolecen, y que no son debidos sino al tinte, algún tanto subido, sobre todo en el Código civil, que se le ha dado del pretendido progreso moderno. Sin embargo, distamos mucho de tener el *atrevimiento* de que se vanagloria el señor traductor, para menospreciar, como él lo hace, la ley fundamental del país, que todos estamos obligados a repetir y obedecer.

Probablemente el señor traductor sufre de ceguera, de la cual se le va contagiando el entendimiento; puesto que, por una parte, ve defensa, donde no hay sino ataque; y por otra, considera muy bueno y recomendable, lo que es sencillamente malísimo, mil veces peor que dictatorial, puesto que la *tiranía* masónica implantada hoy en el Brasil no puede apellidarse *libertad*.

Nos place, sin embargo, ver que el señor Traductor colaborador de «El Obrero» no es masón, según se sirve espontáneamente asegurar. Nosotros no hemos dicho, ni querido hacer creer que lo fuera, tanto menos cuanto que entre los pocos conocimientos que tenemos no contamos el de su personalidad. Creemos que es verídico en lo que asegura, y por ello lo felicitamos; aunque si debemos advertirle que el hecho de encomiar y recomendar los trabajos políticos de la masonería en el Brasil, que no son cuentos, sino verdad histórica y real, no abonan su afirmación.

**Y á propósito** de *El Obrero*, encontramos en su número 14 la reproducción de un artículo titulado: «A la clase obrera» que se dice tomado de «*El Obrero*» de Barcelona. Nada ve

mos en él aplicable a nuestro país, ni de utilidad para la clase obrera, pues se contrae a hacer rectificaciones estrictamente locales; y carece de toda enseñanza, como no sea hacernos conocer la virulencia y encono con que los socialistas esgrimen la pluma contra el nombre católico. Pensamos que ha habido error en la inserción de ese artículo. Demasiado cierto es, por desgracia, que en el viejo mundo hay odios profundos, que parecen inextinguibles. ¿Querremos contagiarnos de ellos? ¡Oh no! Sembremos amor, caridad. Publique «*El Obrero*» cosas que le dignifiquen; lleve a los asociados que lo sostienen, ilustración sólida, conocimientos útiles, y establezca la verdadera confraternidad, que es la confraternidad cristiana!

## ANUNCIOS.

### A. E. Jiménez.

Acaba de recibir:

Papel de imprenta,  
Escopetas y fusiles de salón,  
Revólveres,  
Cocinas de hierro, americanas y  
Gran sustido de Licores.

Universidad n.º 24, Oeste.

## AVISO.

A LOS SEÑORES SACERDOTES

Se encuentran en venta en la Curia Eclesiástica las siguientes obras.

La suma del Predicador por P. D. Hauterive, 8 volúmenes. Obra sumamente útil para una sólida preparación de los sermones dominicales. \$ 27-00	
De Herdt. Parxis Liturgiae 3 tomos en 1 volumen. Obra aprobada como texto oficial en la Diócesis. . . . . » 3-50	
El Sacerdote renovado. . . . . » 1-00	
Schneider. Manuale Clericorum. . . » 1-85	
Tarquini. Juris ecclesiastici Publici institutiones. . . . . » 1-75	
Legrand. Concordantiae librorum Novi Testamenti. . . . . » 2-75	
Amat. La Sagrada Biblia con notas, 1 tomo. . . . . » 4-45	

## OBRA NUEVA.

DE VENTA EN LA CURIA.

El Magisterio de León XIII. Colección de todas las Encíclicas de S. S. desde su exaltación al trono Pontificio hasta Diciembre de 1886. Con un retrato del Papa en foto-tipia, una extensa y detallada biografía y Apéndices. Un grueso tomo de 922 páginas, a la rústica, \$ 6-50.

La importancia de esta colección es inmensa para todo católico y muy especialmente para los eclesiásticos.

## EL SANTÍSIMO ROSARIO.

Revista mensual ilustrada, bajo la dirección de Padres de la Orden de Predicadores en Palencia (España.)

En esta Revista; además de los artículos propios del título, se publican otros científicos, religiosos, históricos, biográficos, sección de noticias particulares y generales, y un grabado ó dos en cada número. Tiene la Revista 56 páginas, por lo menos, en tamaño de 4.º, papel satinado, cubierta de color.

Su precio al año en Costa Rica \$ 2-25.  
Se suscribe en esta Administración.

Han llegado 15 colecciones de los Cuadros del Antiguo y Nuevo Testamento con marco de madera.

Se avisa a las Juntas de la Doctrina Cristiana.

Precio, \$ 7.50.

San José.—Imprenta de José Canalías, Universidad, 9.